

JAVIER CHIABRANDO
Del miedo a
lo desconocido
al miedo a lo real

EZEQUIEL ALEMIAN
Pistas y señas
del nuevo terror
argentino



CARLOS ALETTO
La fiesta
de los
monstruos

Página 2

Página 3

Página 4


télam
AGENCIA NACIONAL
DE NOTICIAS

SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 5 | NÚMERO 237 | JUEVES 16 DE JUNIO DE 2016



Luego del auge del policial,
de la novela histórica e incluso
de la erótica, los últimos tiempos
editoriales se muestran fértiles para
sembrar miedos: cada vez se editan
más y mejores títulos dentro del

Con los pelos de punta

género del terror, y los escritores
y editores argentinos se animan
a apostar por una literatura que
no había dejado grandes huellas en
nuestro país durante el siglo pasado.

Las razones del fenómeno, y

un mapa de los nuevos escritores
locales del horror.

Historia de Revistas Argentinas | www.anra.com.ar

El novelista, conocido por su corrosivo retrato de la sociedad estadounidense que cristalizó en obras como *El día de la independencia* y *Acción de Gracias*, fue galardonado con el premio Princesa de Asturias de las Letras entre 21 aspirantes procedentes de 16 países. En 2012 el mismo galardón lo obtuvo su compatriota Philip Roth. Nació en 1944 en Jackson, estado de Misisipi,

Ford es el único escritor que ha conseguido el premio Pulitzer y el Faulkner por la misma obra, *El día de la independencia* (1995). En su retrato desolado de una Norteamérica rural poco conocida y marcada por el paro y el desencanto, Ford muestra a sectores marginados y pobres y, a menudo, a pequeños delincuentes como el que él mismo fue en su juventud.



Del miedo a lo desconocido

A pesar de grandes nombres que lo practicaban ocasionalmente (Quiroga, Borges, Bioy, Arlt, Cortázar) durante el siglo XX el género del terror se vio devaluado dentro de la literatura argentina. Es *El mal menor*, de Carlos Feiling, la novela que en 1996 le da el impulso que dura hasta hoy donde el género goza de un gran presente.



al miedo a lo real



→ JAVIER CHABIRANDO

Qué asustará al lector, podría preguntarse cada escritor de literatura de terror cuando se sienta a escribir. O por ahí dice que sus propios miedos le guían la mano. Monstruos más, pesadillas menos, todos los tememos miedo más o menos a las mismas cosas. ¿O no? De poco vale saber que lo que desata el miedo se encuentra en el cerebro reptiliano y en el sistema límbico. Ni que Freud lo haya llamado, además de miedo, ansiedad de realidad. Porque el miedo es el miedo, una reacción natural a algo que se aparece sin avisar, difícil de definir, que atenta contra nuestra kléica o cordura. El miedo. El terror. El susto. Y por muchos nombres que suma el terror en la literatura, cuando se habla de literatura del terror, de fantasmas, de monstruos siempre en el que el terror podría también deber ser considerado terror, tanto como cuando se habla de hombres lobo y fantasmas. El desafío de hablar de literatura argentina y terror se podría resumir así: miedo a lo desconoci-

do por un lado, miedo a lo más o menos conocido por el otro. Elvio Gandolfo y Eduardo Hojman dicen en el prólogo de la antología *El terror argentino*: "La literatura argentina escasea en monstruos, personajes fantásticos, representantes de lo imposible, de lo sobrenatural". Las brujas no existen pero que las hay, las hay; y José María Marcos, creador junto a su hermano Carlos de la editorial Muerte Muertos, le da una vuelta de tuerca a esto: "Hay una gran cantidad de autores hoy poco conocidos que trabajaron desde temprano en una literatura vinculada a lo monstruoso con ríngame gauchesca. A fines del siglo XIX, Rafael Obligado publicó *Mezcla de diablos*, el primer libro que ya lo ha en *Leyendas argentinas*. Está el libro *Cuentos de hadas argentinas*, de Alberto Gómez, *Rancho bravo* de León Mirás; cuentos

folclóricos fantásticos de Ada María Ellicin, publicados en *La Prensa*, que nunca fueron reeditados; o parte de la obra de Juan María Gorriti. El escritor Mariano Buscaglia, a través de su sello Ediciones Ignotas, está dedicándose a ese rescate. En 2015 publicó *Tres maravillas fantásticas argentinas 1880-1920*, con las obras *El doctor H Wainz*, fantasía (1880) de Raúl Waleis, *Mandinga* (1895) de Enrique Rivarola y *El bonnachazo* (1918) de Pedro Angelici. Ahora trabaja en una antología de cuentos de Victor Juan Guillot (1899-1940), que ha escrito sobre vampiros, casas embrujadas, terrores urbanos y camperos".

Miércoles estas expresiones expresiones por un lado, los mitos de creencias populares, otros escritores fundacionales exploraban otro miedo: el miedo a lo real, al poder, al dolor, a la muerte. No es casual que la antología de Gandolfo y Hojman comience con "El matadero" de Echeverría. Por

muchos nombres que se le adjaliquen a las sensaciones vividas por el joven unitario que va a ser empujado, la palabra terror le cae a la perfección. Diego Mazzi va más atrás, y en *Terror argentino: la puesta sombra del desierto* cita *Un día al Río de la Plata* de Ulrico Schmitt (mercenario y cronista que llegó a estas tierras con Pedro de Mendoza), donde soldados españoles se comen a otros soldados colgados por robarse y comerse un caballo "Esa misma noche otros españoles se armaron a los tres colgados en las horcas y les cortaron los muslos y otros pedazos de carne y cargaron con ellos a sus casas para satisfacer el hambre".

Ubicados en el rincón de los géneros menores, junto a la historieta o la novela negra, conceptos que son revisados permanentemente, en el siglo XX la literatura de terror convocó a los grandes escritores argentinos, desde Horacio Quiroga con *Cuentos de amor, de locura y de muerte* hasta Leopoldo Lugones (*Las fuerzas extrañas*), Jorge Luis Borges (*There are more things, dedicated to Lovecraft*) o Ernesto Sabato ("Informe sobre ciegos"), pasando por José Bianco (*Sombras nocturnas*), Adolfo Bioy Casares (*Diario de la guerra del cerdo*), Alberto Larrosa ("Perdón por ser médico") y Julio Cortázar ("La puerta condenada"). Así como también a los grandes de la literatura infantil, donde se destaca, *Sisaren* de Elsa Borneman.

Por muchos títulos que se puedan acumular, la impresión es que durante el siglo XX el género se vio devaluado, tal vez por falta de grandes textos, porque los escritores mencionados lo practicaban ocasionalmente o porque la realidad misma ya era demasiado terrorífica, inflada dictaduras y revoluciones. El *Mal menor* de Carlos Feiling la que hace el aporte más importante para su reinstalación, impulso que dura hasta hoy donde el género goza de un gran

presente. La novela de Feiling se edita en 1996, cuando el terror a la patada en la puerta había desaparecido y se podía escribir sobre ella o sobre el viejo y querido terror a lo fantástico. Como el corpus que narraba el terror a lo real, a lo político, se engrosaba día a día, autores actuales, en casos muy jóvenes, retoman la escritura del terror fantástico. Así volvemos a tener vampiros con *Los anticuarios* de Pablo De Santis y *El último fuego* de Alberto Rampone; hombres lobo en *El endemio* de Raúl Rossetti; de Juan Jacobo Barjila, *Prisionero de la luna* de Mariano Potes o *Pampa perra* de Mariano Buscaglia; monstruos del sur en *Malditos animales* de Pablo Tolosa o *Phéromon* de Gerardo Quiroga; terrores bonaerenses en *La oscuridad que cayó sobre Toruñiz* de Patricio Chajá; *Los peligros de fumar en la cama* de Mariana Enriquez; *Los fantasmas siempre tienen hambre* de José María Marcos o *El rostro de los moscos* de Ricardo Curci; y terrores urbanos en *Una felicitación* de Guillermo Martínez o *Los insectos del hombre deficiente* de Juan José Burzi. Muchos de estos tópicos reaparecen en una decena de antologías del flamante selo Pelos de Punta.

Idas y vueltas de un género que de tan rico y a la vez olvidado obliga a demasiados pocos, el terror en la literatura argentina parece estar más vigente que nunca, y sus autores haber detectado qué asusta a los lectores y a la vez qué tienta a los editores. Más allá de las definiciones de la ciencia, de la lógica, de la crítica, incluso de la superstición, queda una gran franja indefinible, una gran y deseable cuota de misterio, que bien podría ilustrar *Bestiario* de Cortázar, donde se habla de un tigre que no se mata sino que se transforma, ni qué hace ahí. Pero está. Es miedo a lo conocido porque sabemos que es un tigre, a lo desconocido porque de el ignoramos el resto. Mejor correr. O tomar el té como si nada sucediera. Quién puede saber qué es mejor.

PRESENTARON CASI 400 PROYECTOS EN UN PROGRAMA DE INDUSTRIAS CULTURALES

Un total de 367 proyectos culturales se presentaron a la Convocatoria 2016 de Espacio Santafesino, el programa que estimula las industrias culturales y creativas mediante políticas de fomento, circulación y formación destinadas a productores y emprendedores culturales de ese distrito. Se trata de la cifra más alta desde su primera edición en 2008. El Ministerio de Innovación y Cultura de Santa Fe informó

que se destinarán \$ 6.480.000 en asignaciones estímulo. Pedro Cantini, secretario de Producciones, Industrias y Espacios Culturales, señaló que estos proyectos, "muchos de los cuales pertenecen a jóvenes que darán sus primeros pasos en la industria cultural, nos hablan de sectores en crecimiento y de la consolidación de un programa de estímulo que acompaña y posibilita ese desarrollo".



JUEVES 16 DE JUNIO DE 2016 ■ SLT ■ REPORTE NACIONAL ■ 3



FEDERICO JEANMAIRE



CELSO LUGHINI



SEBASTIÁN EILEGARAY



ESTEBAN PRADO



LUCIANA BACA



RUBÉN RIZZO



MARIANA ENRÍQUEZ



JUAN JOSÉ BURZI



SAMANTA SCHWEBLIN

Pistas y señas del nuevo terror argentino



EZEQUEL ALEMÁN

Lo terrorífico parece pasar hoy por un momento dinámico, de inquietud, impulsado por los miedos sociales: nuevos autores, planteos editoriales, planteos renovados y círculos de lectores y escritores creados alrededor de un fenómeno que no deja de crecer.

En la Argentina hay un nuevo terror, que se esconde entre las calles de Buenos Aires, en una estancia entrerriana, en un poblado lejano, en nuestra propia casa. Puede ocurrir en un viaje a Mar del Plata (*Finde*, de Federico Jeanmaire), en un caserío bonaerense (*Me vas a volver*, de Celso Lughini) o en un país apocalíptico (*Tierra de nadie*, de Sebastián Eilegaray). Se muestra a plena luz, juega con lo que es y con lo que parece (*Anca, la chiva austral*, de Esteban Prado; *San Pedro de leyenda*, de Luciana Baca), se introduce en el inconsciente de sus personajes (*El jardín de los lobos*, de Rubén Rizzo).

Así dice Narciso Rossi, uno de los editores de PelosDePunta, aventura editorial que concluirá en septiembre próximo después de haber editado quince libros de terror: tres tomos de cuentos, uno especial de novela y otro de novela gráfica. "Si en el futuro a alguien le interesa saber qué se escribió sobre el género en la Argentina, contará con un cuerpo de libros muy amplio y variado donde se incluye a más de ciento sesenta escritores", dice. Rossi también habla de la difusión de autores como Mariana Enríquez (su libro *La piel gusano de fumar en la cama*, de 2009, es señalado como el que abre el nuevo panorama, trasladando el terror distante a escenarios locales), Juan José Burzi (en *Las moetas*

del hombre elefante da un paso adelante también en lo del formal), y Samantha Schweblin (su nouvelle *Distancia de rescate* también ha sido leída dentro del género), el terror parece pasar hoy por un momento dinámico, de inquietud: nuevos autores, nuevas editoriales, planteos renovados.

"La verdad es que no siento mucho estar escribiendo cuentos de terror, pero también es cierto que el género ha perdido un poco los límites, y que esa es una de las características de lo que está sucediendo. No sé si con qué te vas a encontrar. Y creo que está muy bien no saber con qué te vas a encontrar. A lo mejor te encontrarás con una novela genial como *El curso del corazón*, de M John Harrison", dice Burzi.

Burzi se sorprende de que el género no haya pegado antes, y de que no haya pegado más. Entre los motivos que explican el surgimiento actual, señala una recuperación más amplia de todos los géneros, como es el caso del policial.

Y dice: "Hoy es más común entre quienes escriben una actitud como de indiferencia hacia la literatura seria. A los autores que se están formando ya no les interesa escribir para ganar dinero. Es una postura nueva, tal vez generacional, que tiene que ver con las formas de contacto y con la autoestima. A muchos no les interesa

ser Sier, ni siquiera Fogwill".

Algunos han señalado que el terror asoma ya en *Antología de la literatura fantástica*, que Borges, Bioy y Silvina Ocampo hicieron en 1940. Recuerdan que Borges y Cortázar cultivaban el género fantástico, y aseguran que el fantástico y el terror.

Rossi intenta una definición del terror local: "El terror estadounidense, con Stephen King a la cabeza, es un terror monstruoso, donde lo cotidiano y lo extraordinario juegan y pelean pero finalmente la explicación llega, cuasiológica, para no dejar nada suelto. El terror japonés, que también tomó mucha fuerza en los últimos años, se dedica más a explorar sus miedos ancestrales. Está plagado de fantasmas, de lugares embrujados, de energías negativas que se niegan a desaparecer. El nuestro, en cambio, permite jugar más con lo no dicho. Lo que no se cuenta deja que el lector construya su mirada del mundo y de los hechos narrados. El lector argentino no quiere que todo esté explicado. Disfruta de esas construcciones que puede hacer por sí solo, de esos enlaces que logra unificar por su cuenta".

Manoel de Barros, uno de los libros muy ponderados en el género (los cuentos de *El fantasma del Reich*, de 1994, y la novela *Victoria entre las sombras*) y está por editar otro: *La mayor actuación del demonio*.

Hace unos años lanzó con alumnos de sus talleres de escri-

tura "La abadía de Cairfax, círculo de escritores de terror y fantasía", del que han salido proyectos hoy en curso. Para hacer terror, tenés que amar el terror, dice. Para el "la literatura de género es difícilísima. Por eso en lo que se lee hay un nivel muy disparatejo".

Di Marco lee el fenómeno también desde un punto de vista social. "Estamos viviendo una época espantosa", dice. "El horror al vampiro es el horror al violador, al ladrón que quiere entrar a tu casa. Desde el estado no se promueve la justicia. Este contexto de terrorismo real posibilita el género."

Consultado por las características del lector del género de terror, dice Di Marco: "es alguien que tiene sus necesidades básicas resueltas en lo psicológico. Hace catarsis sin conocer la palabra. Tiene una conciencia muy clara de la diferencia entre el Mal y el Bien. Por eso es políticamente incorrecto. Viene a deshacer la confusión entre el Bien y el Mal. Antes el Mal se exponía en las catedrales. Cuando salió *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, de Stevenson, la iglesia anglicana aplaudió la llegada del libro. Hoy Mr Hyde no necesita ocultarse. Ser hijo de Jekyll es lo más común. Si apartás la mirada religiosa, si una novela de terror no tiene una dimensión religiosa, es un simple divertimento".

Se trata de un total de 80 copias que recorren más de cien años de historia de la fotografía, algunas emblemáticas, provenientes de la colección neoyorquina de Spencer Throckmorton, una galería del distrito de las artes especializada en fotografía latinoamericana y vintage. La selección fue realizada por Gastón Delsau, director de Fola, junto a Karim Makaruis (hijo de Sameer), quienes

viajaron a Estados Unidos para esta labor: "Karim tiene una relación comercial y de amistad con los galeristas así que viajamos los dos a Nueva York y nos adelantamos en el backstage de la galería y empezamos a revisar los archivos, que están en planeras, con infinita de artistas de todo el mundo. Es una colección inmensa; esto es el uno por ciento del patrimonio.



CONTRATAPA

→ CARLOS DANIEL ALETTI

La fiesta de los monstruos

La búsqueda de causar miedo con la ficción quizá sea tan antigua como la literatura misma. Aunque el terror como género literario surge recién a mediados del siglo XVIII, los relatos de descensos al Infierno, con la descripción pormenorizada de las torturas y los monstruos que habitan los distintos recintos de ultratumba tenían ya esa finalidad. No solo era la enseñanza necesaria de los textos religiosos describiendo pormenorizadamente el "Infierno tan temido" la que intentaba causar un miedo ejemplificador, sino también el paisaje y los personajes de los descensos clásicos: los lectores de los hechos épicos de Gilgamesh, Odiseo, Eneas y del propio Dante en su *Commedia* fueron testigos de los horrores del Más Allá. Pero las características fundamentales del género de terror gótico aparecen en 1765 con *El castillo de Otranto* de Horace Walpole, y no es casual que haya surgido en la literatura anglosajona, por queya con su épica (Sir Gawain y el Caballero Verde y el Beowulf) había preparado un terreno propicio para la aparición de monstruos y fantasmas.

Es un irlandés, Oscar Wilde, en el *Fantasma de Canterville*, quien en 1887 hace que sus personajes se burlen de lo que hasta ese momento venía causando terror. Una familia completa se niega a creer al fantasma del lugar. Todo el miedo se soluciona con métodos modernos, por ejemplo, el chirrido

La ciencia y el psicoanálisis, entre los siglos XIX y XX, ofrecieron explicaciones al inconsciente y a los fenómenos sobrenaturales, desarmando los mecanismos del terror ficcional. Pero hay un horror difícil de asimilar: el social, el terror, por ejemplo, a un Estado que debe protegernos y, sin embargo, nos secuestra, nos tortura y desaparece a nuestros seres queridos.

"espantoso" de las cadenas se soluciona con aceite entre los eslabones. Así de sencillo. El positivismo del siglo XIX empieza a dar explicaciones científicas que hasta ese momento se creían maravillosas y si bien con esa oscilación entre lo científico y lo maravilloso nace el género fantástico, condena a la desaparición de la novela gótica. Los monstruos, los fantasmas y los miedos atávicos pasaron a ser parodiosos, simplemente, literatura infantil. El cine y la televisión llevaron series y películas a sus pantallas de comedia con monstruos y fantasmas. Cuando ya el terror envejecido del Frankenstein de Boris Karloff y el Drácula de Bela Lugosi no causaban miedo, "Los locos Addams", "La danza de los vampiros" de Roman Polanski, "El joven Frankenstein" de Mel Brooks y "Beetlejuice" de Tim Burton formaron parte de una interminable lista de exitosas comedias con monstruos.

Así como el hombre de las cavernas o de la antigüedad trataba de explicar los fenómenos de la naturaleza con la presencia sobrenatural, hasta que la ciencia misma fue explicando los sucesos naturales y borrando del mapa imaginario a los dioses del trueno o del viento, el positivismo decimonónico desarma la novela gótica. El psicoanálisis del siglo XX, asimismo, va explicando de forma racional todo lo que se des-

conocía y causaba miedo del inconsciente humano, desarticulando los mecanismos de la novela de terror psicológica fundada por Edgar Allan Poe.

El género de terror, ya sin el factor sorpresa de las primeras lecturas (y sin una "vuelta de tuerca"), con su propio mecanismo de repetición produce una natural desensibilización en los lectores. Aquello que asustaba al lector, como sucede con la técnica de "desensibilización sistemática", la cual a través de la repetida presentación del estímulo hace que se pierda progresivamente la capacidad de evocar ansiedad, ya no causa malestar físico ni emocional. Lo que antes provocaba terror ahora no lo produce, se cristaliza el género y se convierte en una parodia. Y como decía en la fórmula del *Odiseo Confinado* el maestro de la parodia argentina, Leónidas Lamborghini, "horror hazme reír". Aunque lo explica con otras palabras Jacques Barzun, en su famosa enciclopedia sobre el horror: "el interés por este tipo de historias cabe interpretarlo como un intento práctico de introducir un orden y estructura en la imaginación, endureciendo así el alma contra sus amenazas: en una palabra, estos cuentos se usan como antídoto".

Pero hay un horror que alcanza que es difícil de explicar científica y psicológicamente, difícil aun de desensibilizar y al que aún no se le encuentra un antídoto, es el horror social, el terror, por ejemplo, a un Estado que debe protegernos y, sin embargo, nos secuestra, nos tortura y desaparece a nuestros seres queridos. ¿Cómo reímos algún día del terrorismo de Estado? En la Argentina, sin una fuerte tradición del género gótico y psicológico, el miedo siempre estuvo vinculado a la sociedad y a polí-

tica, con una fuerte crítica social. "El Matadero" de Esteban Echeverría es leído por antologías como cuento de terror, de la misma manera podrían incluirse las novelas de Eugenio Cambaceres, donde las escenas naturalistas producen escalofríos en el lector.

Los violadores de niños (nada más siniestro que un abusador infantil dentro del núcleo familiar), las mujeres quemadas y asesinadas por hombres, las casas abandonadas que fueron lugares clandestinos de detención, así se "traduce", dice Mariana Enriquez, el género de horror en nuestro país. Es esta autora con su libro de cuentos *Las cosas que perdimos en el fuego*, la que resignifica (mejor que otros autores argentinos) en 12 historias las estructuras del terror gótico y psicológico desplazadas en ambientes urbanos argentinos con un horror social que nos acerca siempre a la vuelta de nuestra esquina.

En definitiva, es el hombre el monstruo que nos sigue dando terror (y muchas veces somos el monstruo en el que nos convertimos, porque también en nosotros hay un doctor Jekyll y un misterioso Hyde), somos también nuestros propios fantasmas e inevitablemente una sombra nos sigue siempre, salvo en la oscuridad absoluta a la que tanto tememos. Los monstruos también están en el poder, nos pueden hacer desaparecer o quitarnos nuestros trabajos o la comida de nuestros hijos, para Echeverría el monstruo era Rosas, para Borges y Bioy fue Perón; para otros el Gran Monstruo Verde de tres cabezas (de aire, de agua y de tierra) nos acorralaba en nuestras casas.

La literatura siempre encuentra un horror que sigue vivo y actual, para alegría de los monstruos que en la vida real nos sigue

